## XXVIII

LA MUERTE DE UNA NACIÓN (1830)

Colombia agonizaba victima de las facciones y de la guerra intestina. Los mismos que durante más de diez años habían combatido desesperadamente, en el peligro y en la adversidad, por la causa de la independencia americana; los que habían derramado su sangre en más de cincuenta campos de porfiada contienda; los que en Boyacá, Carabobo y Pichincha sacaron á vida á la Gran Nación, ahora, ambiciosos y desatentados, la querían despedazar, para dividirse sus despojos en un festín parricida.

Por grande, fuerte y poderosa que fuese Colombia, aun en sus mejores días llevó en sus entrañas gérmenes de descomposición. Mal soldados los tres departamentos que la constituían, inconsultas ó impropias las leyes que tendían á mantenerla unida é indivisible; fermentando sordamente la codicia de mando en el pecho de todos aquellos veteranos que se creían dueños de la República, por lo mismo que había nacido á sus esfuerzos, desde muy antes todo se encaminaba

á la disgregación; y mucho más cuando un golpe de dictadura abrogó la Constitución de Cúcuta.

El descontento se volvió entonces formidable ante la imposición de la clase militar, la poco democrática constitución boliviana y el mando perpetuo del Libertador.

La ingratitud confió al olvido los favores recibidos, y en el Padre de la Patria y Fundádor de cinco naciones no consideró sino un tirano odioso que ocultaba, tras los resplandores de su gloria, manejos ilícitos contra la libertad de los pueblos. Brilló el puñal de Bruto en la oscura noche de Septiembre, y la sangre de los patricios de la Independencia enrojeció el ara sangrienta de la reparación y la venganza. Vibraba en torno la calumnia; y, en el Parlamento, en el Foro, en el cuartel, se agazapaba la envidia y elevaba sus salmos la maledicencia.

Bolívar se cansó de esta lucha estéril y menguada en la cual todas las fuerzas del país estaban contra él. Ya aquel hombre no era el Bolívar de los buenos tiempos, el luchador infatigable, que durante quince años había llevado consigo el genio de la libertad americana, y conducido con sus manos consagradas por la victoria el sagrado pabellón de Iris desde las márgenes del Orinoco á las inmensas pampas bañadas por el caudaloso Plata; el Bolívar de los combates, del ingenio, de la fortaleza sobrehumana, del desinterés sublime, el campeón de América, en fin, habíase eclipsado al correr de los años y á los golpes de la contraria fortuna. Prematuramente viejo y gastado, lleno de desaliento y desengaños, malhumorado por la resistencia que encontraba en sus conciudadanos, sin querer comprender las exigencias y verdaderas necesidades de los pueblos que había libertado y constituído, quiso sobrevivir á su gloria, y ese fué su crimen.

Y hoy, henchido de desconsuelo, viendo roto su antiguo prestigio, doliente ante la ingratitud de los suyos, toma voluntariamente el camino del destierro, mientras la tempestad ruge en derredor, y, perdido todo principio de moralidad, la guerra civil se desencadena...

. ¡Allá va, solo, pobre, triste, desalentado, en busca de tierra hospitalaria donde pueda comer el pan de su vejez amargado por el recuerdo y bañado en lágrimas!

Propicia le fué la fortuna; y no consintió en aquella última peregrinación del Genio, donde se hubiesen apagado en medio del silencio indiferente, los resplandores postreros de una virtud y de una gloria que debían ser inmortales. Era necesario que sucumbiese al sucumbir su obra más querida, la realización del ensueño dorado de su existencia, aquella Colombia entrevista en el doloroso destierro de Jamaica y en la noche terrible de Casacoima; cuando todo fuese destrucción y llanto, y los ultimos hombres grandes de América se aprestasen á empequeñecerse en las lides de ambición plebeya. ¡Allí está Santa Marta, que le abre brazos de madre, y le prepara en su suelo el asilo último bañado por las ondas del océano!...

¡Estrépito de fusilería! ¿Qué es?

¿Por ventura las huestes de Sámano y Lizón se acercan á la capital? ¿Se renueva la lucha magna?...

Centenares de heridos y muertos yacen con la cara al cielo en aquella llanura roja de sangre y oscurecida por el humo de la pólvora. En el horizonte se lanzan á carrera tendida los que han perdido la jornada; y en su fuga les alcanza, no la clemencia, como dijo el poeta al hablar de otra matanza infame de una de nuestras guerras civiles, sino lanzas implacables que cubren el suelo de cadáveres.

¡Adelante, patriotas! ¡Ni reposo ni cuartel á los godos inhumanos que han renovado la pelea! ¿Estamos todavía en los aciagos tiempos de la guerra á muerte?

¡Eal Terminó la persecución. La hueste vencedora entra, á tambor batiente, en la ciudad de Bogotá, con las banderas desplegadas y las bayonetas chorreando sangre. La ciudad está silenciosa y muda. ¿Cómo no se echan á vuelo las campanas para saludar la entrada de los libertadores?

¡Ah! Es que esos no son libertadores, sino militares sublevados, en el más inmoral de los motines contra la autoridad constitucional de la República, á la cual acaban de derribar en la llanura de El Santuario, á los gritos de ¡Viva Bolívar! y bajo la inspiración de aquel Rafael Urdaneta, memorable por su valor, su pericia y sus talentos en la historia de la Independencia...

He ahi otro Santuario, otro lugar de combate, en los campos de Antioquía.

Un puñado de hombres indisciplinados, confiando más en su valor desesperado que en la justicia de su causa, se han precipitado contra una legión de veteranos avezados al triunfo. Prodigios han hecho esos hombres, guiados por un jefe de fama legendaria en las páginas americanas; pero han tenido que sucumbir al número. La Historia castiga su valor con el desprecio porque esos hombres fueron rebeldes contra su Gobierno.

¿Quién les acaudillaba?

Miradle á las puertas de esa casa...

Rodeado de unos pocos, desangrándose por una ancha herida, pálido y débil, mas ardiendo en coraje, ese hombre todavía joven —no tiene treinta años de edad—exclama:

Rendirnos! ¡No, no! Siempre queda tiempo para morir.

Y da allí mismo el combate último, y cae brutalmente asesinado por quien entregó á la noticia de su crimen la fama de su nombre.

Y llega el jefe contrario, corriendo, desesperado, dando gritos de dolor, y he ahí cómo ese buen O'Leary se abraza llorando del cadáver de José María Córdoba.

¡Pobre héroe! Vencer en Pichincha, triunfar en Ayacucho, ser general de división á los veinticinco años, distinguirse siempre por su bravura indómita y la brillantez de sus acciones, para venir á morir oscuramente, promotor y jefe de una revolución vergonzosa contra el mismo Libertador y sin esperanza de triunfo posible...

Augusta y solemne es la sesión. Los representantes del pueblo deliberan profundamente meditativos. ¿Es por ventura el Consejo Anfictiónico ideado por Bolívar, cuando trataba hacer de la de todos los pueblos americanos una causa única contra los empeños de la reconquista y las intromisiones del extranjero?

No. Es el Congreso Venezolano. Ya no hay Colombia. Venezuela forma casa aparte.

¡Y quién dijera que ese mismo Páez, el héroe de las Queseras, el León invencible de los Llanos, aquel en la punta de cuya lanza centelleaban la muerte y la victoria, había de ser quien descargase el primer hachazo sobre Colombia!

Pero su ambición le cegó.

Alzóse en armas contra Bolívar, desconoció la unidad de la patria colombiana, y para apoderarse de una de sus fracciones se declaró en campaña... ¿Campaña contra quién? Contra sus mismos amigos y compañeros, contra la misma causa por la cual había combatido desde joven...

El Congreso está en sesión. ¿De qué trata? Trata nada menos que de expulsar á Bolívar del suelo por él libertado, trata de aprobar una moción por la cual se declara que la nueva república de Venezuela considerará como enemigo al Gobierno de Bogotá mientras resida en tierra colombiana el general Simón Bolívar...

Y alli, en esa Asamblea Constituyente, en ese primer Congreso de una República que nacía de los afanes de la ambición traídora, tenían voz y voto, autoridad y prestigio, no sólo los ingratos y felones, sino también los asesinos. Carujo, después de intentar, en la noche de Septiembre, asesinar á Bolívar, trata ahora de desterrarle para siempre...

Resuena una descarga en la selva.

Y ved allí yacer sangriento en la sombra el cadáver del Gran Mariscal de Ayacucho.

.............

¡Oh pobre patria ecuatoriana! ¿Con la sangre del Abel de Colombia la traición y la envidia amasaron, por desgracia, tu autonomía?

Luis Urdaneta reúne tropas y abre la campaña contra el general Juan José Flores, que ha declarado la

separación de los Estados del Sur. Amenazante es su actitud: apoyado en la opinión pública, proclama la unidad de Colombia y la presidencia de Bolívar. Flores teme, vacila, tal vez está pronto á ceder. Pero la noticia de la muerte del Libertador deja sin motivo el alzamiento de Urdaneta; nace el Ecuador de este conflicto, y álzase poderosa una dominación extranjera y militar que había de ensangrentar el país y llenarle de oprobio y de vergüenza durante quince largos años, sin más paréntesis luminoso que la administración de D. Vicente Rocafuerte.

Y así, dos soldados de la magna guerra, Páez y Flores, en Venezuela y el Ecuador, respectivamente, dan de puñaladas á Colombia, y la matan. En medio está la inmoralidad, palpita el crimen, y se perpetran asesinatos, triunfan ingratitudes sin nombre, y es rota y despedazada la bandera de la Gran Nación.

La Colombia de Bolívar desaparece de! Catálogo de las naciones americanas, después de once años de vida: su recuerdo vivirá inmortal mientras en este Continente haya pechos que amen la libertad y palpiten de entusiasmo ante el heroísmo y la gloria.

1830... ¡Año infausto! ¡Año terrible!

## XXIX

LIBERTADORES, MÁRTIRES Y VERDUGOS

En el Manifiesto que Bolívar hizo publicar por el Ministro de Estado D. Antonio Muñoz Tebar en justificación de la muerte dada por orden suya á los 800 prisioneros españoles y canarios encerrados en las prisiones de Caracas y la Guaira (8 de Febrero de 1814), pintando las crueldades cometidas por los defensores de Fernando VII desde el comienzo de la guerra; después de una larga exposición de atrocidades y desgracias, decía, entre otras cosas, lo siguiente:

«Aragua, en el Oriente, es el nuevo teatro de las atrocidades. Zuázola es el jefe de los verdugos: hombre detestable, si la especie de sus iniquidades puede hacerle contar entre nuestros semejantes. Todo cae bajo sus golpes, y no han vuelto á encontrarse los que habitaban á Aragua. Jamás se ejecutó carnicería más espantosa. Los niños perecieron sobre el seno de sus madres: un mismo puñal dividía sus cuellos. El feto en

287

el vientre irritaba aún á los frenéticos: le destrozaban con más impaciencia que el tigre devora á su presa...

»...Desollaron á algunos arrojándoles luego á lagos venenosos ó infectos; despalmaban las plantas á otros, y en ese estado les forzaban á correr sobre un suelo pedregoso; á otros sacaban íntegras con el cutis las patillas de la barba; á todos, antes ó después de muertos, cortaban las orejas...

»¡Qué horrorosa devastación, qué carnicería universal, cuyas señales sangrientas no lavarán los siglos! La execración que seguirá á Yáñez y Boves será eterna como los males que han causado. Partidas de bandidos salen á ejecutar la ruina, El hierro mata á los que respiran; el fuego devora los edificios y lo que resiste al hierro. En los caminos se ven tendidos, juntos, los de ambos sexos: las ciudades exhalan la corrupción de los insepultos. Se observa en todos el progreso del dolor, en sus ojos arrancados, en sus cuerpos lanceados, en los que han sido arrastrados á las colas de los caballos. Ningún auxilio de la Religión les han proporcionado aquellos que convierten en cenizas los templos del Altísimo y los simulacros sagrados. En Mérida, en Barinas y Caracas apenas hay una ciudad ó pueblo que no haya experimentado la desolación. Pero la capital de Barinas, Guanare, Bobare, Barquisimeto, Cojedes, Tinaquillo, Nigua, Cuayos, San Joaquín, Villa de Cura, valles de Barlovento, son pueblos más desgraciados: algunos han sido consumidos por las llamas; otros no tienen ya habitantes. Barinas, donde Puig pasa á cuchillo 500 personas... Guanare y Araure, donde Liendo y Salas, bienhechores de los españoles, son los más maltratados al recibir sus golpes asesinos; Bobare, donde trozaron las piernas y los

brazos de los prisioneros hechos alli mismo y en Yaritagua y Barquisimeto...»

¡Qué cuadro más horroroso! ¿Verdad que parece estarnos refiriendo á alguna época bárbara de los tiempos primitivos y á una guerra entre salvajes? Y, sin embargo, no han transcurrido todavía cien años, y había comenzado ya el siglo llamado de las luces...

¡Y no era todo!

Entre el cúmulo de crueldades inauditas y de verdugos indignos de llamarse hombres, ¿cómo no recordar á aquel Bartolomé Lizón, que cortaba las manos á los niños menores de diez años, que abría á bayonetazos el vientre de las mujeres encinta y celebraba como juego chistoso la horrenda apuesta de asesinar? ¿Cómo no recordar el suplicio de los hermanos Medinas, de Valencia, á quienes se les ató en la frente cuernos de res, y fueron en seguida toreados á lanzada limpia en un círculo de caballeria? Imposible olvidar los 500 asesinados en Ocumare por Rosete, la destrucción de Valencia por Boves, las desgracias de la funesta emigración de Caracas, las maldades de Quero...

Y á todo esto, no había concluído todavia el año de 1814!

Por todas partes, el país presentaba el aspecto de la más grande desolación: el incendio abrasaba las poblaciones y los pobladores eran pasados á cuchillo, fusilados, ahorcados en los árboles de los caminos, sin distinción de sexo, edad ni condición.

A esta época van incluídos los nombres eternamente aborrecibles de Antoñanzas, Lizón, Puig, Morales, Rosete, Boves... ¡el famoso Boves, que nunca dió cuartel y que se sentia presa de una sed inextinguible de san-

UNIVERSITION OF MINERAL CHO.

BIBLIOTIC"

"ALFONSO HETES"

gre de patriotas!; de Yáñez, el canario infame; Juan Nepomuceno Quero, Chepito González y el de otras fieras sanguinarias...

¿Y es esto todo?

¡Oh! ¡No! Ahi viene Morillo el Pacificador... Morillo, que dice que «para subyugar las provincias insurgentes es necesario tomar las medidas que se tomaron en la primera conquista: exterminarlas»; plan de pacificación que siguió durante largos años, devastando las naciones y asesinando los pueblos... En 1816, aconsejando la sumisión á los americanos, les decía paternalmente: «De lo contrario, lo más común, una vez desenvainada la espada, es quemar los pueblos, degollar sus habitantes, destruir el país, no respetar sexo ni edad, y, en fin, ocupar el puesto del pacífico labrador y hallar, en vez de sus dulces costumbres, un feroz guerrero, ministro de la venganza de un rey irritado»...—Y esto no lo decía por figura retórica...

Con Morillo están Aldama, el asesino de Casa Fuerte de Barcelona; Moxó, Enrile, Pardo, Joaquín Valdés, Sámano, y otros monstruos.

¡Y qué refinamiento de crueldad! 6.000 personas habían sucumbido en la heroica defensa de Cartagena: tómala Morillo, y manda publicar un dulce bando prometiendo la vida y la libertad á los que se acogieran á su gracia. Se presenta una multitud de valetudinarios, mujeres, niños, infelices hombres de pueblo. El jefe español les conduce á la ribera del mar... ¡y 400 son victimados!... Más de 600 son sacrificados en Bogotá... ¡La muerte, siempre la muerte!

¿Que Morillo y sus españoles, más civilizados que los mulatos de Boves y Rosete, perdonaban á la ancianidad, á la belleza, al valor, al talento? De ninguna manera. Se fusilaba á los esposos y á las esposas se les azotaba públicamente y desterrábaselas luego, ó se las reducía á prisión; se degollaba á los padres en presencia de los hijos y á los hijos en presencia de los padres; se llevaba mujeres al patíbulo; obligábase á los hijos á azotar á las madres!...

El Gobierno español se asustó ante semejantes iniquidades, ante desolación tan clamorosa: Morillo y Moxó se inculparon mutuamente... y la desolación siguió adelante... El sacrificio de los patriotas quiteños en el año 10, no había pasado de mero ensayo comparado con las atrocidades siguientes...

¡Y cuántas víctimas ilustres! Lo que en el país había de elevado y noble, pereció en el cadalso: ¡en él murieron Camilo Torres, Gutiérrez, Cabal, Torices, Valenzuela y Francisco José Caldas, gloria de la ciencia en la América del Sur!

Apartemos la vista de este cuadro de horror sangriento: si es verdad que las ideas se amasan con sangre humana, con un río de sangre se amasó la idea de la emancipación americana, no sólo en las batallas, sino también en los patíbulos y en los lugares tenebrosos del asesinato...

Si; apartemos la vista del espectáculo tremendo, y llevémosla con la satisfacción á la cima excelsa donde irradia la gloria de los libertadores... ¡Pobres libertadores! Si hoy entonamos himnos en su loor y les levantamos estatuas y monumentos, los tiempos les fueron bien aciagos y la crueldad de sus enemigos, la injusticia de los contemporáneos ó la turbulencia de la época subsiguiente, les arrojó al cadalso, al destie-

rro, á la asechanza inicua, á la playa solitaria donde la Ingratitud corona de espinas al Beneficio... ¡Felices los que murieron antes que el sol de su gloria se hundiese en las sombras de la discordia intestina y se manchasen sus laureles en los barrizales de la política plebeya donde ambiciones famélicas se disputan á dentelladas un jirón de mísero poder!...

Entre los libertadores de todo América, Norte, Centro y Sur, Bolívar es el punto culminante, no sólo por la tenacidad de su constancia y los resultados de su obra, cuanto por la magnitud de su genio y la alteza de su carácter. Bolívar, el padre y fundador de cinco naciones, muere desamparado y triste, en la derrota de sus más bellas ilusiones, entre el rugido del odio de sus ingratos conciudadanos, después de haber visto levantarse contra su pecho el puñal asesino en las sombras de la noche.

Aquel Sucre, que libró la más decisiva de las batallas de la Independencia, varón magnánimo por su heroísmo y su virtud, cae víctima de enemigos desconocidos, asesinado impíamente en lugar solitario y tenebroso.

Páez yace largos años en la expatriación, y cuando, viejo ya, vuelve á su patria, á la patria que él había fundado fraccionando el primero la gloriosa Colombia, se pierde en la tiniebla, muriendo como un burgués después de haber vivido vida extraordinaria.

¿Los demás? A los demás les arrebata la ola impetuosa de la política. Córdoba sucumbe en un oscuro campo de batalla sin honor y sin gloria; desaparecen Mariño, Bermúdez, los más, en la infinita prosa de los tiempos sucesivos; Piar es llevado al patibulo en castigo de su rebeldía, vagan otros por playas ex-

tranjeras hasta que la muerte se compadece de ellos!...

Y no sólo á los libertadores de Colombia les cupo suerte tan poco merecida. Lamar muere en el destierro; Gamarra perece en el campo de Ingaví, combatido por los hermanos á cuya libertad había consagrado los mejores años de su vida...

¿Y San Martin? El héroe modesto, el vencedor de Chacabuco y de Maipú, vegeta cerca de treinta años en Europa y se inclina en silencio sobre la tumba cavada en extranjero suelo!...

En Méjico, Itúrbide cae envuelto en la púrpura ensangrentada de una majestad irrisoria. Hidalgo es fusilado por los españoles; Morelos es fusilado también por los mismos. ¡Curas admirables, generadores egregios de la libertad mejicana!

Volved los ojos á la América Central: he ahí un hombre de bien, en cuya alma la verdad y la justicia no son virtudes porque constituyen un temperamento: se llama Francisco Morazán. ¿Qué ha hecho aquel hombre? ¡Poca cosal Ha dado libertad é independencia á sus conciudadanos. Pues bien; pasan los años, y aquel libertador se ve perseguido de muerte, no sólo por el indio Carrera, el más execrable de los tiranuelos de Centro-América, sino por buena parte de sus compatriotas... Huye el hombre de bien, se expatría y marcha á entregar la voz de sus lamentaciones á las brisas que orean las riberas de la distante Chile...

¡Oh ingratitud de los hombres y perversión de los caracteres! ¡Sacrificarse tanto por libertar un mundo y recoger cosecha de desengaños!...

Pero la obra queda, y ella es inmortal: queda la his-

toria para vengar en sus páginas el olvido de los contemporáneos y colgar sobre la sepultura de los héroes y de los mártires esa lámpara funeraria que se llama la gloria.

¡Y queda la libertad!

## XXX

## LAS BATALLAS DE LA LIBERTAD

Cuando el historiador vuelve la mirada á los tiempos heroicos de nuestra Independencia, y considera en la miseria y pequeñez de las guerras intestinas que hoy nos devoran á nosotros los descendientes y usufructuarios de aquellos varones egregios que nos conquistaron la libertad y nos dieron honrada patria á costa de heroicidad admirable, de ejemplar constancia y de sacrificios sin cuento, no puede menos que, extrañado, lamentar la degeneración de los hombres y de las cosas. Antes había un ideal generoso que empujaba á los guerreros y patriotas á la batalla y al martirio; que condensaba los esfuerzos de millones de americanos en el afán del logro de una esperanza única y sublime: la emancipación de un mundo. Hoy, empequeñecido todo, los ingenios y los caracteres, la ilusión y el valor, corremos disparados entre arroyos de sangre y odios fecundos solamente para el mal, á la consecución de miseras granjerías, en las cuales la ambición plebeya se aconseja con la sórdida codicia. En-